

Letras
Orureñas

Carlos Beltrán Morales



Carlos Beltrán Morales (Oruro, 1896 - Caracas, 1949). Sociólogo, Pedagogo, Periodista y Escritor. Profesor de la Escuela Normal de Sucre, Vocal del Consejo Nacional de Educación. Representó a Bolivia en los Congresos de Maestros de América en Chile, Argentina, Uruguay, Perú y México. Ha publicado su obra científica y literaria desde 1928: Transformación Pedagógica, Un civil en el Campo Militar, Una Nueva Era Pedagógica en Bolivia, Ideario Boliviano, Defensa del petróleo boliviano, Una tierra y un alma, Una Ruta y un Destino y muchas otras obras de interés pedagógico, sociológico, cívico y de literatura dedicada a los niños, en revistas y periódicos del país y el extranjero, especialmente en Venezuela, país en el que cumplió muchos cargos de importancia hasta que dejó de existir en abril de 1949.

EL CABALLO MARAVILLOSO

Había una vez un campesino viejo que tenía tres hijos. Los mayores eran inteligentes, pero el menor era muy torpe. Por eso lo llamaban Tontolín.

El campesino tenía un campo sembrado de trigo y una mañana advirtió que de noche entraba alguien a pisotearlo.

Resolvió que, por turno, sus tres hijos hicieran la guardia para sorprender al intruso.

El mayor fue la primera noche, pero se durmió como un tronco y no sintió nada.

A la noche siguiente le tocó vigilar al segundo. Cuando llegó al trigal tuvo miedo y se encerró en la pieza de herramientas.

La tercera noche fue Tontolín, provisto de una lazo. Sentóse en una piedra y esperó.

A media noche llegó un caballo magnífico a todo galope. Su crin era de oro y de plata y el pelaje relumbraba como diamante. Comenzó a comer trigo, pisoteando mucho el sembrado. Tontolín se acercó en puntas de pie y puso el lazo en el cuello.

El caballo tiró con fuerza, pero Tontolín lo sujetaba muy bien.

-Si me dejas escapar te daré una gran recompensa - dijo el caballo.

- Bueno, pero, ¿cómo haré para encontrarte?

- Saldrás al camino grande, silbarás tres veces o dirás: "Sika-buka, caballo maravilloso, preséntate aquí". Yo apareceré ante ti.

Prometió el caballo no volver más al trigal y Tontolín lo soltó.

Algún tiempo después los heraldos del Rey pasaron invitando a todos los jóvenes paisanos y nobles, a ir a la Corte con sus mejores caballos, agregando que el que saltara en su caballo hasta una alta ventana del palacio se casaría con la Princesa.

Los hermanos de Tontolín se prepararon para asistir al torneo y como éste pidiera permiso para unirse a ellos se mofaron de él, diciendo: -¿Quieres que la gente se burle de ti? ¡Quédate a revolver la ceniza junto al fuego!

Y se fueron, orgullosos.

Tontolín salió al camino, silbó tres veces y dijo las palabras mágicas. La tierra tembló bajo sus pies y

entre una nube apareció el magnífico caballo.

Tontolín le contó su pena.

El caballo ordenó:

- «Entra por mi oreja derecha y sal por la izquierda».

Cuando asomó Tontolín estaba desconocido. De pies a cabeza parecía un noble caballero. Subió al caballo y partió a la carrera.

Una gran multitud rodeaba el palacio y en una ventana alta divisó a la hermosísima Princesa. Dijo algo al caballo y enderezó hacia ella. Ningún caballero se había atrevido a la prueba. Tontolín saltó en medio del gran asombro de todos, bajó siempre a caballo y huyó. Una vez fuera de la ciudad, echó pie a tierra, se introdujo en las orejas de Sika-Buka recobró su traje de antes y se fue a su casa.

Los hermanos concurren al día siguiente para continuar el torneo y Tontolín volvió a repetir la hazaña. Tampoco ese día nadie le aventajó. Finalmente al tercer y último día del torneo, Tontolín llegó hasta la Princesa y consiguió sacarle el anillo del dedo. Luego desapareció, como siempre.

Cuando los hermanos volvieron, encontraron a Tontolín con un dedo vendado.

-¿Qué te pasa?

-Me lastimé revolviendo las cenizas del fuego - repuso.

Mientras los otros comentaban las incidencias del torneo y hablaron acerca del misterioso caballero triunfador de la difícil prueba, Tontolín quiso ver otra vez el anillo de la Princesa y levantó un poco la venda del dedo; el resplandor fue tal que iluminó la casita y todos creyeron fuese un relámpago.

Al día siguiente la Princesa dio un gran banquete, deseosa de conocer a su valiente caballero. Invitó a todos los jóvenes de la comarca. Los tres hermanos asistieron. Cuando vio a Tontolín, preguntóle:

-¿Qué tiene en ese dedo vendado?

EL ASNO ASTRÓNOMO

En la Corte de un gran Rey, señor de mundos, dueño de vidas, poderoso, vivía el único astrónomo de la tierra. Y era éste, hombre de orgullo lleno, que se permitía hacer daño a sus enemigos. Astrónomo que carecía de instrumentos, Astrónomo que sólo acostumbraba a guiarse para sus predicciones de un viejo y amarillento libro que halló en una Biblioteca secreta del Rey.

Cierta clara mañana, el Rey le hizo llamar a su

despacho. El astrónomo ingresó en la Cámara Real con paso seguro y firme, la mirada alta y taconeando. El rey que se hallaba listo para larga cacería, le preguntó:

-Dime, hombre sabio, ¿lloverá hoy?

El astrónomo pidió permiso para consultar sus libros y mirar bien el cielo. Salió para regresar después de media hora. Y dijo.

-Vuestra Majestad puede ir de cacería. El día será espléndido. Magnífico. Claro y fresco. Y como humilde vasallo, sólo puedo desearos, Majestad, que la caza sea abundante y os distraigáis mucho.

El Rey, después de escuchado tan favorable informe, ordenó que los hombres de la Corte se pusieran en marcha hacia el bosque próximo. Partió la comitiva entre los gritos de la multitud entusiasmada y los marciales toques de las trompetas.

El Rey se fatigó bastante después de dos horas de viaje. Detuvo su caballo al escuchar que, detrás de una mata, decía un hombre:

-¡Vamos ligero, asno mío!. Que la lluvia se aproxima. Y no es tiempo éste de mojarse el pellejo.

El Rey cambió de ruta en breves minutos y alcanzó al labriego y su asno.

-Buenos días, buen hombre. Os he oído decir que la lluvia se aproxima. ¿En qué os fundáis para afirmarlo estando tan claro y despejado el cielo?

-Señor - repuso el hombre- mi asno es astrónomo sin saberlo. Cuando ha de llover, acostumbra pararse las orejas en primer lugar y luego restregar el cuerpo en alguna pared por espacio de varios minutos. Y como no hace mucho hizo esto, pensé señor, que la lluvia se venía encima. De ahí que apurase a mi borrico...

El Rey quedó perplejo. Pero no hizo mayor caso del asunto y se internó en lo más profundo del bosque.

No debió pasar más de una hora cuando el cielo se cubrió de nubes y se desencadenó una formidable tormenta que dejó en mal estado al Rey y su comitiva.

Su Majestad no tuvo más remedio que soportar el fuerte chaparrón con las consiguientes molestias y protestas.

Malhumorado el Rey, retornó a su palacio inmediatamente de haber llegado a él hizo comparecer al astrónomo de la Corte y le dijo:

-Afirmaste que no llovería. ¿Para qué sirve tu ciencia? Y como no eres el sabio que yo creía, vivirás desde mañana con un amigo que tengo y que es propietario de un asno astrónomo del cual espero aprendas algo...

Y al siguiente día, el rey daba orden para que se instalaran en palacio el extraño asno y su propietario.